

Ofrenda, 23 mayo 2016-03-02.

Señor Santiago, Patrón de España: un año más la Archicofradía que lleva vuestro nombre y os tiene a vos por cabeza se reúne en esta que es vuestra casa, meta a la que conducen los mil caminos que vertebran Europa, para postrarse ante el preciado tesoro de vuestros restos mortales, y para dejarse conmover, una vez más, ante la triple representación icónica que en el retablo de esta capilla mayor nos hace presente las distintas formas en que el pueblo cristiano ha querido veros a lo largo de los siglos.

La representación que se nos ofrece cuando dirigimos nuestra mirada a la parte superior del retablo es de significativa importancia en relación con la gloriosa efeméride que conmemoramos en el día de hoy y en el acto en que ahora mismo participamos. Muestra la forma en que aseguraron veros, sobre corcel brioso y blandiendo espada, los soldados cristianos que, en la gloriosa batalla de Clavijo, defendían heroicamente el suelo patrio y, en definitiva, la fe cristiana, que vos mismo, siglos antes, nos habíais traído. Aquellos hombres, enardecidos por tan singular visión, siempre atribuyeron a tu milagrosa presencia en el histórico trance la victoria alcanzada.

En la parte central del retablo os mostráis en la figura del viandante, con los hábitos y distintivos del peregrino. Y es que el pueblo cristiano, peregrino desde siglos a vuestro sepulcro, siempre os vio caminando a su lado, y es que, en efecto, vos sois la gran meta, y las grandes metas acompañan siempre de forma representativa e intencional, a los que, desde cualquier punto de la tierra o de sus vidas, se sienten atraídos por ellas y orientados hacia ellas. En definitiva, vuestra presencia en el camino es la presencia misma del Jesús glorioso, a quien, como Apóstol, nos presentáis: no en vano portáis en la mano el libro sagrado de los Santos Evangelios. Es por lo que vuestra presencia en el camino, que es la presencia misma de Jesús a quien anunciáis, hermana felizmente el camino de Santiago y el revelador camino de Emaús.

Finalmente, en la parte del retablo más próxima ya a nosotros, tan próxima que hasta nos permite abrazaros, aparecéis sedente y descansando, como corresponde al final del largo y trabajoso camino. Todavía os mostráis con los atributos del peregrino, significando que aquel que nos impulsó, por vía de atracción, a emprender la marcha, es el que nos acompañó en el largo recorrido y es, en fin, el mismo que nos recibe ahora como auténtica meta. Envuelve tu rostro y toda tu figura la serenidad y la paz, así como la contenida emoción del padre de familia, que

nos recibe como al hijo pródigo del Evangelio, sin recriminarnos por los reiterados extravíos durante nuestro vital recorrido. Abrazándoos sentimos también el calor de vuestro abrazo.

En este Año Santo de la Misericordia vos sois la más expresiva imagen de esa misericordia, el preciado don que el Señor otorga con inagotable generosidad y grandeza. Moved el corazón de los poderosos de la tierra en favor de aquellos (muchísimos millones de hijos de Dios, sea cual sea la fe que los acerca a El, o, tristemente, sin ella), aquellos, digo, que, en un mundo que tenemos por avanzado pasan hambre: hambre de no poder comer y de todos los demás tipos de hambre: opresión, injusticia, persecución, denegación de refugio, desprecio, etc.

Os suplicamos, por último, una especial bendición para todos los miembros de esta vuestra cofradía, esparcidos por todos los lugares del mundo, y que alcance sobre todo a los nuevos cofrades que hoy, precisamente, bajo vuestros auspicios, inician nueva andadura en su peregrinación cristiana.

Señor Santiago, que así sea.